



www.loqueleo.com/ec

© 2018, Alejandra Osorio
© De esta edición:
2026, Santillana S. A.
Vía a Nayón y De Los Granados
Centro Corporativo Ekopark. Torre 5, piso 5
Teléfono: (+593) 2 3350 356
Quito, Ecuador

Parque Empresarial Colón
Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-50-199-8
Impreso en Ecuador por

Primera edición en Santillana Ecuador: Enero 2026
Primera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2026

Gestión y coordinación creativa: Marvin Monzón
Edición: Marvin Monzón y Eduardo Villalobos
Corrección de estilo: Julio Santizo Coronado
Ilustración: Carlos López.
Coordinación de arte y diagramación: Sonia Pérez.

Este libro fue concebido en La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convocó a un grupo diverso de escritores e ilustradores y que fue coordinado por Eduardo Villalobos en el Departamento de Contenidos de Editorial Santillana. Luego de las discusiones, cada autor se encargó de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El libro de todos los miedos y unos cuantos más

Alejandra Osorio



loqueleg

Índice

I	Miedo a romperme	9
II	Miedo a perder la cola	21
III	Miedo a quedarme dormido	37
IV	Miedo a quedarme solo	51
V	Miedo a decepcionar a todos ...	61
VI	Miedo a tener miedo	77
VII	Miedo a los payasos y otros monstruos	91
	Epílogo	
	El libro de todos los miedos y unos cuantos más.....	107

Miedo a romperme

Es una verdad conocida por todos que antes de que un peluche llegue a las manos de un niño o una niña debe aprobar su examen final de defensa en contra de los monstruos. Después de todo, los peluches son los encargados de ahuyentar a todas esas criaturas de pesadilla que se atreven a molestar los sueños de los más pequeños del hogar.

Los peluches son reconocidos por los demás juguetes como los más valientes, audaces y atrevidos. Hasta el punto que los carritos, las pelotas, las muñecas, los trocitos y los demás

habitantes de la fábrica siempre se juntan para verlos desfilan a sus cajas por última vez, para luego ser trasladados a las jugueterías.

10 Ser peluche es sinónimo de valor. Aunque eso era lo último que tenía en la mente en ese momento...

Nunca me he considerado un peluche normal. No solo porque soy el único ratón entre mis compañeros, sino porque le tengo miedo a todo. Y cuando digo todo... es todo: payasos, muñecas, perder los botones, que se me salga el relleno, insectos pequeños y mucho más. En verdad no hay otro peluche como yo. Eso no es bueno. Después de todo, no me servirá de nada cuando me enfrente a una pesadilla.

Tic toc... Tic toc...

Levanté mi cabeza para observar el gran reloj que avanzaba más rápido de lo que esperaba. Un frío recorrió mi pelusa cuando me di cuenta de que solamente me quedaban cinco minutos para terminar el circuito.

11

Era un ejercicio de rutina cuyo objetivo era mejorar nuestra velocidad de reacción en caso de que una pesadilla se quisiera acercar a nuestro niño. Muchos peluches terminaban el recorrido en cuestión de minutos; algunos lo podían hacer con los ojos cerrados. Había visto cómo el león saltaba con facilidad los obstáculos, cómo el pulpo simplemente lo quitaba con sus tentáculos y cómo la jirafa utilizaba su largo cuello para ubicar con rapidez la salida. Sin embargo, yo no podía hacer nada de

eso. Después de todo, ¿qué tiene de especial un ratón lila en comparación con todos esos maravillosos y coloridos peluches de gran tamaño?

12 Volví a ver el reloj... quedaban dos minutos. Sabía que estaba en el tramo final del circuito. Un enorme lago de soda pegajosa se extendía delante de mí. Debía saltar de caja en caja para llegar al otro extremo y atravesar la línea final. Solo permanecía yo en todo el lugar (como de costumbre).

—Solo es una prueba, Tepe... Solo es una prueba... Este no es el examen final —me decía en voz baja, tratando de convencerme a mí mismo.

Caminé hasta la orilla del agua oscura y pegajosa. Algunas burbujas que

subían a la superficie de forma amenazadora dejaban escapar un aroma dulce al explotar. En mi cabeza comencé a calcular cuánto debía saltar para llegar a la primera caja. Di cinco pasos hacia atrás para agarrar impulso. Respiré y comencé a correr...

13

Uno...

Mis costuras se tensaron con la rapidez del movimiento. Todo estaría bien, ¿no? Había calculado la distancia, solo era cuestión de saltar.

Dos...

Sentí cómo los hilos que unían mi piernita derecha se estiraban más de la cuenta al dar un paso tan largo. ¿Qué sucedería al saltar? Mis costuras podrían soportarlo, ¿verdad?

Tres...

¿Qué pasaría si me rompía? ¿Un niño querría a un juguete roto?

Cuatro... y...

14

Me detuve antes de saltar. Lo hice tan rápido que creía que me iría de narices y que terminaría pintado de negro. Suspiré y me senté de golpe en la orilla del lago. Volví a ver el reloj... Había fallado otra vez. ¿Era la séptima vez? No lo sabía; ya había perdido la cuenta. Probablemente era el único peluche en toda la fábrica que no había terminado el primer ejercicio.

Minutos más tarde, apagaron las luces. Seguramente se les había olvidado que yo seguía dentro. No los culpaba. Soy tan pequeño que no ocupo mucho espacio y casi no hablo mucho, excepto

cuando lanzo un chillido al asustarme.

De pronto, escuché unos pasos detrás de mí y todos mis pelitos se pararon. Con precaución, volví a ver y me encontré con un orangután de plástico, de esos que al abrazarlos emiten un chillido. Me miraba atentamente y con una expresión llena de preocupación. Era Poe, el orangután encargado de la limpieza de los circuitos de pruebas de los peluches.

15

—¿Cómo estás? —preguntó con una voz que siempre terminaba en un agudo pitido—. Creía que ya todos habían salido y comencé a hacer la limpieza. Incluso apagaron las luces para ahorrar un poco...

Poe se detuvo cuando unas perlititas transparentes comenzaron a amenazar



con escapar por mis ojos. Sin decir nada más, el orangután de plástico se sentó a mi lado. Después de todo, esta no era la primera vez que sucedía algo así. Todos los juguetes que se encargaban de la limpieza ya estaban acostumbrados a encontrarme temblando o presa del pánico en el interior de los sitios de práctica de los peluches.

—La próxima vez terminarás el recorrido —dijo el orangután con una sonrisa que dejaba ver que le faltaban dos dientes.

—La próxima vez terminaré en la bodega de juguetes olvidados.

—Oye, no pienses así. Todavía queda tiempo antes del examen final, ¿no? Solo debes practicar más.

Quise decirle algo más, que tenía razón y que solo me debía esforzar; aunque, realmente, ya no creía posible aprobar ese examen. Al final, no dije nada. No quería contagiarle a Poe mi tristeza. Agradecí la ayuda y me despedí mientras caminaba en dirección a mi caja.

No me importaban los colores vibrantes de los empaques que se apiñaban uno encima de otro o los focos que decoraban las bandas transportadoras y mucho menos los moños y los listones que caían desde el techo de la fábrica. No, mi mirada estaba fija en el fondo, donde se encontraba la bodega de juguetes olvidados. Allí enviaban a todos los peluches que fallaban la prueba. Ellos perdían el honor de ser llamados

peluches y no llegaban a las jugueterías, pues nunca salían de la fábrica. Realmente no conocía a nadie que hubiera perdido el examen final, pero, después de todo, nunca he conocido a otro peluche que tuviera tantos miedos como yo.

Al llegar a mi caja, me recosté en el papel de China del fondo y, como todas las noches, comencé a recitar mi larga lista de miedos. Algunas de las cosas que están incluidas solo me causan incomodidad o un pequeño susto, como los números o las barbas largas y pronunciadas; en cambio, hay otros miedos que me podían llegar a paralizar, como los payasos.

Cuando terminé de recitar mi lista, le añadí otro miedo más: romperme. Ya no les temía a las cucarachas, las serpientes,

el monstruo de la laguna negra o la oscuridad. No, ahora tenía un miedo diferente...

—No quiero ser olvidado... No quiero terminar en la bodega —me dije antes de cerrar los ojos.

20

Miedo a perder la cola

En el momento en que decidí visitar la bodega de juguetes olvidados, supe que era una mala idea. Lo sabía y aun así arrastré mis patitas hasta ese lugar oscuro. En mi defensa, diré que necesitaba saber cómo eran ese lugar y sus habitantes.

Realmente había una gran diferencia entre la bodega y el resto de la fábrica. La segunda estaba llena de luz y colores, y reflejaba el gran amor que el juguetero sentía por cada una de sus creaciones; mientras que la bodega era

21